

# Nuestra casa en Sunset District

Vanessa Proaño

FUIMOS AMANTES EN AGOSTO del noventa y cinco. La conocí en la cafetería donde desayunaba yo todas las mañanas cuando empecé a trabajar en una estación de radio para la comunidad hispana en San Francisco. Eran mis inicios como comentarista deportivo. Ella era una de las meseras. Me había llamado con particular atención porque era una muchacha joven, pero con certeza no era una estudiante universitaria haciendo su dinero extra y tampoco era inmigrante. Estaba fuera de lugar. Hacía su oficio con entusiasmo y energía, como el adolescente que tiene un trabajo por primera vez. A simple vista no parecía latina, al menos no como las que suelen tener ese tipo de trabajos en California, por lo que pensé que sería española. Sólo hasta el día en que me tomó la orden supe que era mexicana. Una hora después estábamos en el cuarto que ella rentaba en el barrio La Misión, habitado en su mayoría por hispanos y artistas jóvenes.

Laura había dejado su casa a los dieciocho años, a la cual había vuelto sólo en casos de emergencia, como, por ejemplo, cuando tuvo que recuperarse de dos abortos clandestinos, de un par de sobredosis o cuando sus padres ya no le mandaban dinero. Había recorrido Chiapas y Centroamérica con otros burgueses rebeldes en búsqueda de un sentido más profundo a su vida materialmente resuelta, uniéndose a las causas sociales de los marginados. Vivió en comunidades indígenas, en lugares remotos de geografías hostiles que yo, un hombre de ciudad y además acostumbrado a las aglomeraciones de los estadios, pude imaginar de manera menos distante gracias a los documentales del Discovery Channel. Eventualmente, Laura se sintió atraída por la cosmovisión de estas sociedades; así, pasó del turismo revolucionario al espiritual, lo que la

llevó a unirse a una secta New Age en California. Ella nunca se refirió a dicha congregación como secta; la llamaba algo así como “la hermandad”. El culto era uno de esos que tuvo origen en los años sesenta, cuyos *hippies* fundadores practicaban lo que llamaron el “regreso a la naturaleza”, al igual que sus adeptos actuales, sólo que estos últimos lo hacían con un matiz más ecológico. Así, me parecía un tanto irónico que Laura, asidua a la alimentación macrobiótica, trabajara en una cafetería norteamericana típica, sirviendo *pancakes* con tocino. Cuando la conocí había abandonado el grupo desde hacía dos meses: una experiencia esquizofrénica de varios días, tras ingerir alguna hierba alucinógena, la asustó tanto que decidió volver a México. Se mudó a San Francisco por unos meses con el propósito de recuperar su apariencia antes de presentarse ante su familia; tenía veintiséis años cumplidos.

Nuestros encuentros en el barrio La Misión se repetían cuatro veces a la semana. Un ventilador en el techo apenas refrescaba nuestros cuerpos acalorados, no lograba generar la brisa suficiente para camuflar el tufo de las tortillas o de las arepas fritas que provenía de los comedores de la cuadra. La exploración sin límites del bienestar físico que promulgaba la dichosa “hermandad de la nueva era” me favoreció, ya que Laura buscaba sin inhibiciones el máximo placer en pareja. Al principio fui un poco impaciente, después, me acostumbré a las lentas posiciones acrobáticas y al olor a incienso. Por meses aluciné nuestros orgasmos mágicos y coordinados. Años después, hubiera seguido en las nubes de no ser porque un día entré en una librería y al ojear un libro sobre el tantra, comprobé que contenía paso a paso nuestros encuentros de pasión. Los que había considerado los actos

sexuales más originales de mi vida, resultaron ser no más que una aplicación juiciosa de un manual detallado.

Laura pertenecía a una familia de la clase alta mexicana, católica y tradicional. No fue su rebeldía o aparente intrepidez lo que me atrajo. Bajo esa montaña rusa que había sido su vida escondía una ternura quebradiza; me aferré a su fragilidad. Su compañía me hacía sentir importante, tal vez porque al tener compasión por su delicadeza me sentí necesitado, en una ilusoria posición de poder.

Durante nuestros encuentros no hablamos de mí, después del sexo ella fue el centro de interés. No obstante, me era imposible no pensar en mí mientras ella platicaba, pues me asombraba el hecho de que, mientras ella había escapado de su cuna privilegiada en México, mi madre había emigrado a Estados Unidos precisamente por toda una falta de privilegios y oportunidades. Trabajó por años indocumentada recolectando tomates cerca de Vacaville y murió sin haber regresado a su natal Michoacán. Cuando se casó con mi padre, un gringo rubio de quien heredé la apariencia, ella dejó los campos y él vendió su gasolinera para invertir en un restaurante de comida mexicana en Yuba City, Lupita's, que incluso ahora tiene una línea de tacos congelados que se vende en los supermercados locales. En esa cocina hice mis tareas. Me crié en un barrio limpio, de casas sencillas que entonces

me parecían lindas, ahora sé que eran uniformemente tristes. Durante mi juventud imaginé el mundo desde esa ciudad sin atractivo especial; una vez fue catalogada, por una encuesta a cargo de una revista nacional, como la peor ciudad para vivir en Estados Unidos.

Los esfuerzos de mi madre dieron su fruto en mí, su único hijo. Con argumentos directos, autoritarios y jalándome las orejas de vez en cuando, me inculcó aspiraciones, esbozó para mí un futuro en las prestigiosas instituciones educativas y en las grandes ciudades, moldeándome un carácter competitivo e individualista. Durante mi niñez y adolescencia participé en campeonatos de natación, de atletismo, de tenis, incluso llegué al nivel de torneos entre condados y algunas veces interestatales. Mi buen desempeño en la natación me aseguró la entrada a Berkeley, donde estudié periodismo. Me especialicé en la locución y el comentario deportivo. Estando con Laura tuve conciencia de cómo había sido mi vida. Sentí un gran vacío la mañana en que me enteré que se había marchado a México. Por meses, extrañé abrigar su cuerpo extenuado.

En estos años mi vida no siguió un curso excepcional. Me quedé encasillado como periodista deportivo para la radio de habla hispana en California, lo cual siempre me hizo sentir algo fracasado. Nunca logré un trabajo en las estaciones angloparlantes. Sin embargo, mi programa ha disfrutado de un buen *rating* y, además, como nunca me casé, había logrado una buena cantidad de ahorros que me permitieron mudarme de las afueras de San Francisco para comprar un departamento en Cole Valley, un barrio *yuppie* de la ciudad. Formé parte del típico grupo de amigos que uno conoce después de terminar la universidad y que se frecuentan hasta que alguno contrae matrimonio. No fui de los pocos que seguí soltero por mucho tiempo. Todos éramos norteamericanos y jóvenes profesionales, varios de ellos dedicados a la comunicación, otros a la publicidad. Mis relaciones con las mujeres no duraban más de seis meses, me aburría pronto de todas ellas. Ninguna me dejaba perplejo, como lo hizo Laura. Algunas veces, era su voz ronca la que escuchaba cuando caía



rendido sobre pechos excitados que nunca extrañé; en noches sin fecha, en camas que no recuerdo.

De ella sólo me había quedado un juego de cristales con poderes extraordinarios que me regaló, aunque la verdad es que nunca me hicieron milagro alguno. Tal vez porque no los expuse a los rayos del sol para cargarlos de energía, tal como me lo aconsejó, sin embargo, los he conservado todos estos años y resultaron tener cierto valor utilitario para mi organización doméstica: como pisapapeles para mis billetes en el escritorio o para los recados que le dejo en la cocina a la chica filipina que hace la limpieza. Ni siquiera tuvimos nuestra foto del recuerdo, así que no la reconocí en la del periódico; sólo al leer los nombres de los hijos del empresario en cuestión, supe que era ella. No suelo abrir la sección internacional, mucho menos detenerme en las noticias sobre Latinoamérica, por lo que ese día le atribuí al destino mi decisión de haber volteado la página.

Viajé a la ciudad de México. Gracias al artículo sabía dónde encontrarla. Su familia era dueña de una cadena de prestigiosos restaurantes de comida española. La vi, por vez primera después de tanto tiempo, de nuevo en un comedor, pero esta ocasión en uno elegante y propio. Me senté como un cliente más, la mandé llamar con el mesero. Llevaba un vestido negro sin mangas, de una tela ligera que, al andar, se le adhería con soltura al cuerpo, un collar de perlas que apenas se asomaba bajo un chal de estampados mexicanos. Estaba muy delgada, como cuando la conocí, pero ya no caminaba con mala postura, sino derecha, despacio. Su cabello castaño llevaba ahora un corte algo varonil; me gustó, dejaba resaltar sus ojos verdes y la tez blanca de un cuello erguido que me delató su linaje. Cuando iba acercándose a mí, pensaba incrédulo que diez años atrás había acariciado de pies a cabeza a esa mujer sofisticada que ahora parecía estar fuera de mi liga. Levantándome del asiento la saludé, con desconcierto y alegría puso la palma de su mano sobre mi hombro y enseguida me respondió el abrazo. Apretó su pecho tímido de un modo lento sobre el mío. Ordenó que nos cambiaran a un salón privado y cenamos juntos, aunque la verdad es que casi no tocamos los platos. Entre risas y miradas torpes, en inglés o en español, nos pusimos al tanto de nuestras vidas; en la de ella habían sucedido mil cosas, en contraste, la mía me pareció aburrida.

Me contó que había regresado a México para someterse a un programa de rehabilitación y estar con sus padres; no obstante, los médicos le habían aconsejado distanciarse de ellos durante el proceso, para evitarle sentimientos de culpa. Así, bajo recomendación profesional, ingresó a un centro

especializado en Cuba por varios meses. Le gustó tanto la isla que, una vez terminada su terapia, rentó una quinta que visitaba por lo menos cada cuatro meses, de la cual, incluso, acababa de regresar. Me habló con entusiasmo del Caribe, los ritmos y la cultura cubana. Supe, sin duda, que sus años de militante de izquierda habían sido parte de su juventud desorientada, pues ni siquiera me habló de Castro o de la situación social o económica de las personas que había conocido ahí.

Al despedirnos, ya en la puerta, esperando a que llegara mi taxi, nos dimos un beso corto en la boca; el contacto de nuestros labios fue suave, fácil. Sin decir mucho quedamos en vernos temprano al día siguiente. Esa noche dormí abrazando la almohada. Empezamos a salir. Yo no había tomado vacaciones en dos años, así que me quedé cuatro semanas. Al principio continué hospedándome en el hotel de Polanco, después, en un momento dado, me instalé en el departamento de Laura. Entablamos una relación seria. Regresé a San Francisco y durante meses viajé en largos fines de semana para estar juntos. Mi maleta iba perdiendo peso en cada partida, pues siempre dejaba ropa donde ella. Sus padres me aceptaron fácilmente o, mejor dicho, con resignación. En el fondo, hubieran querido casar a su hija con un mexicano de sociedad, pero Laura era demasiado vivida y manoseada como para ser acogida sin problema por una familia de buen nombre. Así, se conformaron con este hijo de inmigrante convertido en un gringo común y corriente de la clase media norteamericana. Pensaban que el hecho de que yo sea güero y tenga un apellido anglo salvaba lo que ellos insistían en llamar “la situación”, al menos, ante su ridícula *high society*, aparentemente, carente de mestizos.

No sabía si estaba enamorado de la nueva Laura, estable y sensata, o de la idea exótica que me hice de ella durante aquel verano. Tampoco sé si ella se enamoró de mí o si fui su último recurso, pero a nuestros treinta y casi cuarenta años, daba igual. La distancia le dio intensidad a nuestra relación, cada vez que viajaba a visitarla teníamos tales maratones de amor que a mi regreso a San Francisco sólo quería dormir. Por fortuna, nuestros encuentros fueron esta vez bastante más instintivos que los primeros, y sin incienso. Sólo en una ocasión no pude aprovechar un puente laboral para ir a verla, después de que, en una madrugada, me despertó con una llamada al celular invitándome a ir con ella a Cuba para entregar la villa a sus dueños. Era obvio que teniendo yo un pasaporte norteamericano me era imposible acompañarla, al menos en plan vacacional, así que viajó sola. Me pareció bien que fuera así, que ella pusiera sus asuntos en orden.

Formalizamos nuestro noviazgo, Laura vendría a vivir conmigo. Como regalo de bodas, mis suegros nos darían dinero para inaugurar la primera sucursal de su cadena de restaurantes en Estados Unidos. Vendí mi departamento de soltero y con un préstamo hipotecario compré una casa con tres alcobas en Sunset District, pues Laura estaba ya embarazada. Debido a su estado, decidimos que se mudaría a San Francisco después de que naciera nuestro hijo y nos casaríamos una vez establecidos en nuestro nuevo hogar. Sus padres no tuvieron objeción alguna, después de todas las vergüenzas que Laura les había hecho pasar les parecía una bendición que a sus treinta y seis años al fin se casara, aunque fuera “casi” como Dios manda. Pasé los nueve meses entre ambas ciudades. Los arreglos de la casa nueva quedaron en mis manos, pues ya avanzado el embarazo Laura no podía viajar, sobre todo dada la incomodidad que en su menuda anatomía le causaba el vientre magno: el último ecosonograma nos confirmó que el bebé venía grande.

Preparé con especial dedicación el cuarto de nuestro hijo. No quisimos averiguar si era niño o niña, aunque sabía que de ser lo último querría llamarla Blanca, como mi madre. Yo mismo pinté las paredes de verde y azul marino. Escogí motivos náuticos para los tapices y las cobijas, inspirado en el deseo de adquirir un velero para navegar los tres por la bahía. Compré ropa de varios colores, excepto rosa. Ensamblé los muebles, todos nuevos. Del techo colgué unas figuras del Golden Gate y unas estrellas que brillaban fosforescentes en la oscuridad. Llené el cuarto con cubos de madera, animales de felpa, cajas de rompecabezas. Cambié la ubicación de la cuna más de una vez, hasta dormí varias veces en esa alcoba para comprobar los ruidos nocturnos y la temperatura. Instalé persianas que aseguraran suficiente luz en el día y abrigo en la noche, pues la neblina que cubre la playa puede llegar a ser muy fría. Hice esas tareas pequeñas como si fueran grandes. La idea de ser papá completó con gracia mis días.

A Laura le informaba por teléfono sobre los avances diarios de nuestra primera ilusión en común. Pensé en la niñez de mi hijo, tan distinta a la mía. Tuve la seguridad de que cuando él o ella creciera, a diferencia de mí, no recordaría con lástima el barrio donde vivió con sus padres; las viviendas en Sunset District son parecidas entre sí, pero no son exactas y cada una viste un color distinto, alegre, además, la niebla que se posa sobre ellas les da un aire acogedor. Durante los días en que adapté la casa, con ternura y admiración, pensé en los esfuerzos de mi madre por llegar a Estados Unidos, en ese dolor que escondió bajo sus logros y que siempre me fue ajeno, en la ironía de terminar casado con una mexicana de

clase acomodada, cuya existencia, alguna vez desorbitada, se fundía ya en paz con la mía.

La última semana de embarazo viajé a México. Cenando en el restaurante llegaron las contracciones. El chofer nos llevó al hospital. Mis suegros y mi cuñado nos alcanzaron después y se quedaron en la sala de espera. Entré con Laura al quirófano. Los preparativos médicos fueron rápidos, todos sabían lo que tenían que hacer, menos yo. Estaba nervioso, sentí ansiedad cuando escuché al ginecólogo sugerir un parto natural dado el avanzado nivel de dilatación, a pesar de que ya se había programado una cesárea debido al tamaño de la cabeza del bebé y a la estrechez de Laura. Ella accedió, alegando que así su “yo madre” tendría una conexión armónica con el universo. Yo no pude pronunciar palabra, me sentí como un muñeco de trapo al que colocaron, en cuestión de segundos, una bata, un tapabocas, un gorro, y me ordenaron con urgencia ponerme unos guantes transparentes de látex. Laura estaba desnuda, cubierta sólo por un camisón celeste. Me sentaron en una silla al lado izquierdo de la cama, lo suficientemente cerca como para ver al fondo de las piernas abiertas.

Por fin, el momento llegó. Vi la cabeza atravesar el umbral de carne malva por el que entré tantas veces. Con expectación, lo vi salir de su mundo acuoso, susurrante y fecundo. Escuché el llanto triunfal de los bebés que, con angustia, acaban de abandonar su morada palpitante y apacible. Fui testigo de cómo empezó a vivir: un poco agitado, un poco insolente, perdido. Incluso, más desconcertado que yo, que me acababa de enterar, por su color chocolate, su cabello negro y crespo, su nariz ancha, que no era mi hijo. Corté el cordón umbilical con dificultad, sus venas estaban aun más duras que mis rodillas tensas. Agarré al niño por la nuca y la espalda para acercarlo al regazo de su madre. En ese momento supe, por primera vez, lo que era sentir un amor generoso, ese que persiste aún a costa de la miseria propia. Ella agachó la cabeza para ver a la criatura que yacía ya sobre su pecho. Después de un largo minuto, levantó la vista para revelar una sorpresa igual a la mía, a la del doctor y a la de las enfermeras. Mojó la frente mantecosa de su hijo con lágrimas pesadas, entrecerrando los ojos para intentar enfocar una mirada que, perdida en la vergüenza, me vio por primera vez. •

VANESSA PROAÑO (1971) es mexicana por naturalización. Realizó estudios de posgrado en ciencias políticas en la New School for Social Research en la ciudad de Nueva York. Fue becaria Fulbright y CONACYT. Su cuento “Lazo” está incluido en *Di algo para romper este silencio* (Lectorum).